



SEMANARIO JOCO-SERIO, POLITICO, LITERARIO Y DE CARICATURAS

Domingo 12 de Enero de 1890

APARECE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE, PERO NO RECIBE

Año I--Número 36

PRECIO DE SUSCRICION

Por un año. . . \$ 5.00
Por seis meses. . . « 2.50
Por un mes. . . « 0.50
Número suelto. . . « 0.20

Administración, Durazno 53.

PERMANENTE

«El Sinapismo» se abroga la facultad de criticar cuanto se le antoje y no tolerará, bajo ningún concepto, que nadie le critique.

A nuestros suscritores y agentes de
Campana

Se les suplica, a los que no lo hubieren hecho, liquiden sus cuentas con esta Administración hasta el 31 de Diciembre ppdo.

LA ADMINISTRACION.

EL SINAPISMO

DOMINGO 12 DE ENERO DE 1890

Me decido por Benito

¿Qué nó? ¿Quién se atreve a desmentirme?

¿Pues no faltaba otra cosa! Benito? Benito es un calavera, y como a mí me gustan las calaveras y no de ahora, sino desde que nací puede decirse, y, en coincidencia, desde que leí aquel parrafito de Larra en que decía que Alcibiades había sido el más perfecto calavera de Atenas, he tomado tal afición a los calaveras que aunque de cuando en cuando me salga al atajo algún chiflado y me llame botarate, alborotado, informal y de poco seso, en mis trece me mantengo y quiero a los modernos Alcibiades si quiera sea por la remembranza de los hechos del nieto de Pericles.

¿Alcibiades? ¿Pues no era nadie Alcibiades!

Noble como Benito, y como Benito bello; temerario cual Benito y cual Benito, orgulloso; instruido a la par de Benito, y a la par de Benito elocuente; libertino en los puntos de Benito y en los mismos puntos, immoral; guerrero al igual de Benito y al igual de Benito, descreído.

Si Alcibiades pudo desafiar las iras de Mercurio y de cuantos dioses inventara el paganismo, Benito va más allá, Benito desafía a los astros, analiza sus revoluciones, se ríe de sus influjos, y, a imitación del almanaqueiro Mathieu predice sobre bases racionales las conjunciones y sabe ya que los horóscopos son pura fantasías de bohemios embaucadores que viven de sus engaños.

Si Alcibiades fué seductor ¿qué diremos de Benito? Alcibiades contaría en el número reinas y aun hasta la misma Vénus de Mileto; pero Benito no anda a la cola; Benito... aquí me parece que han de sentar a las mil maravillas los tres puntos suspensivos, y aquí los zampo; sino están bien, para cuando estén; de todos modos, sirven para matar curiosidades indiscretas y habladurías de pazguatos.

Y sigo explicándome para justificar mi decisión.

Pues sí señor, a pesar de que yo lo veo y no hacia falta oírlo ni leerlo, y estando lo que he oído y leído acerca de ó sobre Benito en las apolo-gías que de él han visto la luz en estas y extra-ñas tierras para honra y prez de sus autores, tan en parangón lo del con célebre atenien-se, por Benito me decido y voyan a freír espárragos en Marzo todos los que a la sor-dina le están haciendo la guerra.

¿Pues no será nada el día feliz que Benito entre por la puerta que dejará abierta cuando salga Maximillo!

Ya me parece que veo resucitar aquellos buenos tiempos de Grecia, de Etruria y de Roma.

Ya me considero iniciado en los misterios de Lerma y en medio de las orgías presididas y organizadas por Paculla.

¡Ah! si viniese Benito...

¡Qué dicha!

¿Rendir culto a Baco imitando su cortejo de satyros, silenos y vacantes!...

¡Fecundas, suelto el cabello y... «verse» en medio de las delicias del éxtasis transportado a las cumbres del Parnaso...!

¡Enervarse por el regocijo y después...!

Después morir ¿que nos importa morir, si como Atila morimos de alegría y en medio a los abusos de las bodas?

Nada, nada; que venga Benito. El mundo no ha sido hecho para que nos goce, sino para que de él gocemos.

Una rara creencia ha venido estableciendo en los hombres deberes estúpidos, como si los hombres hubieran nacido para anacoretas y llevar cilicio como aquellos bobos que martirizaban la carne creyendo que así, alimentaban el alma.

¡Majadería estupenda!

El hombre tiene sus sentidos para servirse de ellos a su antojo.

Tiené sus potencias para aprovecharlas segun sus gustos.

¡Ha de ver y desear y dejar que le arrebatén su deseo?

¡No ha de escuchar por imposición tiránica lo que deleite sus sensaciones?

¡Si toca, si gusta y tocando y gustando excita sus gratas impresiones ¿porqué no ha de ir a la nueta del deseo que despierte?

Estos pensamientos son de «perfecto» calavera.

Yo lo soy, Benito lo es... que venga Benito que Benito tendrá mis propias aspiraciones y por Benito me decido.

NOTA:—Como por burla ó para ridiculo de

un hombre público se ha dado en llamarle Benito, declaro por esta nota que el presente artículo no lleva la intención de que le sea aplicado. Lo he escrito para darme gusto y por lo amigo que soy de darme, cuando puede hacerlo.

SECCION LITERARIA

EL CLOWN

Tony fué el más célebre payaso, clown como ahora se dice, de mi tiempo.

Su oficio consistía en hacer reír todas las noches al respetable público; y, aunque tal profesión tiene muchos inconvenientes, os juro que la realizaba a maravilla.

Sus habilidades eran tan originales que, no obstante de ser muy limitadas, parecían nuevas todos los días.

¡Aun creo verle con su enorme cara esférica embadurnada de albayalde y dos grandes rosetas de almazarrón en las mejillas; su peluca, unas veces blanca, otras encarnada y otras amarilla, terminando en una colosal pirámide; y aquella rica colección de trajes, de túnicas y pantalones amplísimos, con sus grandes botones y figuras estrambóticas recortadas en paño de color y distribuidas por el pecho, las espaldas, los costados y las piernas!

Todas las noches se plantaba en el centro de la pista, de un salto con su correspondiente voltereta en el aire, quedando en pie y expidiendo, a modo de saludo, un prolongado berrido que hacia desternillar de risa a las gentes.

Imitaba, con su voz, a todos los animales; desde lo alto de la galería arrojaba a la arena doce sombreros cónicos, los cuales encajaban unos sobre otros formando una esbelta columna; mantenía hasta ocho bolas de billar en el aire durante algunos minutos; el mismo ejercicio hacia con seis gorros, que acababa por encasquetarse uno tras de otro; recibía en un plato media docena de huevos de gallina, que tiraba a lo alto sin quebrarles; con el ala de un sombrero representaba al sol, a un guardia civil, a un estudiante, a un cura, a un picador, a una dueña y a «un viejo casado con una muchacha joven y bonita»: en este caso el ala se retorcia en dos graciosos cuernos.

Pero lo que entusiasmaba con delirio era el burro: un gracioso borrico negro y blanco, que saltaba sobre tabloncillos atravesados en su camino, cruzaba arcos cubiertos de papel, decía la hora dando golpes con una de las patas delanteras, seguía a Tony como si fuera un perro, y hacia otras muchas lindezas así como los hombres hacen muchas burradas.

Apenas Tony aparecía en escena, el público exclamaba:

—¡El burro, el burro! ¡Que salga el burro!

Y cuando, al fin, el apacible asno aparecía al trote, ¡qué de aplausos y risas! ¡qué de gritos y algazara!

Era cosa de apretarse los ijares siempre que Tony decía:

EL SINAPISMO.



EL TALISMAN DE BENITO.
(GREAT ATTRACTION)

—Este es el burro de mi familia.

Una vez, en que chicos y grandes saboreaban con deleite tan animada farsa, Tony, después de haber hundido la cabeza en el polvo y de haber pronunciado un discurso con las piernas, se dirigió a un niño y, pasándole la mano por entre las ensortijada melena, le dijo:

—Yo querer a los muchachos.

El niño se asustó, y el ilustrado público protestó de esta familiaridad que no estaba anunciada en los carteles.

El clown, sin duda para disculparse, añadió con voz enternecida, dirigiéndose a la numerosa asamblea:

—A mi gustar mu ho los pequeños; y yo tener uno así.

Y puso la mano poco más de un palmo sobre el suelo.

Esto desagradó bastante, porque la gente iba allí a reírse y a digerir la gazofia alegremente; no a oír ternezas ni sensibleria ridículas.

El oficio de Tony era hacer reír: no con-mover.

Además, nadie suponía que aquella horrible careta encubriese el rostro afable y cariñoso de un padre, y esto contrarió mucho el efecto cómico que constituía la popularidad de Tony.

Un padre es algo serio, respetable y digno: es decir, todo lo contrario de lo que es un payaso, un clown.

Semejante incidente le valió una buena reprensión del director de la compañía, quien, por primera advertencia, le dijo:

—Tony, tú aquí no tienes más padre, más hijo ni otra familia que el burro: así place al bondadoso público: y así ha de ser.

Las cosas no hubieran ido más adelante a no haber enfermado el hijo de Tony; y ¡de qué enfermedad, divinos cielos! La pobre criatura moría estrangulada por el garrotillo.

¡Y a pesar de semejante infortunio, gracias a la tiranía de la necesidad, del hambre y de la miseria, tenía que presentarse aquella, como todas las noches, con su cara cubierta de almazarrón y albayalde, dar volteretas, reír, bailar y sostener un diálogo humorístico con su pariente el pollino!

Cuando Tony saltó sobre la arena de la pista, su saludo se trocó en un rugido semejante a un inmenso sollozo.

La risa acostumbrada se ahogó en los labios de los concurrentes; algunos sinieron mic io: aquel clown parecía una fiera.

Repuestos de esta primera impresion, comenzaron las protestas Tony, que ni oía ni veía, y cuyo pensamiento estaba al lado de su hijo agonizante, acrecentó con sus torpezas y desaciertos el mar humor de las gentes: a los gritos de «¡Fuera! ¡Fuera!» se unieron los silbidos y patadas de los espectadores.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —prorrumpió el payaso varias veces, con la misma entonación que pudiera haber dicho: «¡Fuego! ¡Fuego!»

Y gran parte del público le replicó a su vez.

—¡El burro! ¡El burro!

El director, para acallar la tormenta, dió suelta al animal; y el borriquito, más inteligente que muchos seres racionales, asustado quizá de las voces destempladas de la concurrencia, los gemidos de Tony y la cara de éste, en la cual las lágrimas formaban, con el albayalde y el almazarrón, una pringue sucio y repugnante, comenzó a rebuznar desaforadamente.

Esta situación se prolongó de tal suerte, y tenía tales visos de no acabar, que el director perdió la paciencia, y, a empujones, bajo una lluvia de inmundicias, botellas y desperdicios de frutas, le sacó de allí, repitiéndole con voz iracunda:

—Tony, hemos concluido: que no vuelva a verte más en mi vida. Me has arruinado. Hemos concluido, Tony, hemos concluido.

Poco después el ilustrado público aplaudía a rabiar al sustituto de Tony, quien, imitado la voz y ademanes de un popular orador, dijo con gran parsimonia.

—Señoras y señores: tengo el sentimiento de

participar a Vds. que Tony, el ingrato Tony, nos abandona para siempre. Ha renunciado al honor de divertirnos, y se dedica al género trágico.

Y al decir *trágico* extendió los cinco dedos de la mano derecha, introdujo varias veces el pulgar en la boca, y, dando tumbos se fingió borracho.

VICENTE COLORADO.

CRÓNICA

He tenido ocasión de presenciar los primeros experimentos del nuevo aparato telefonico de que nos habló la crónica Parisien, atribuyendo el invento a Edison.

Hallábase Benito paseando a largas zancadas por su escritorio, mal humorado y renegando de la pícara suerte que no le deparaba más que amigos *fules*.

De pronto se para frente al aparato trasmisor y reproductor; agarra el tubo, dá tres vueltas a la manija y grita con voz de gajo.

—¡Eh!

Coloca entonces los espejuelos para cerciorarse de que no le fumaban y

—¿Con quien hablo? pregunto.

Unas tras otras respondieron muchas voces.

—Humilde servidor de V. E.

Y los nombres se repitieron y sonaron como unos setenta.

—Mostraos! dijo Benito.

Y se mostraron, y los espejos dieron las estampas de los «habladores».

Y fueron...orejas como de primera consonante.



El Banco Nacional, operando en firme:

¡Diez acciones a 105!

¡Pobre crédito y en que buenas manos te puso don Perico!



Puede decirse que ni en jaula es mejor la vida que en Trinidad.

«El Independiente» lo dice en el parrafito que de él tomo y es:

¿Qué se dirá cuando se sepa que en una de las calles más centrales, se avoca el revólver al pecho de un ciudadano, por un sargento mayor del ejército, y lo persigue por la calle, por que no entrega 20 pesos que se le piden?

¿Qué se ha de decir, hombre, que se ha de decir?

Pues... nada; que están V.V. viviendo en jaula ó en las Pampas.

Es igual.



Aprendan V.V., Señores Legisladores.

Aun no hace dos meses se constituyó sobre la base federativa y ya ha resuelto la separación de la Iglesia y el Estado, proclamando la libertad de conciencia.

Eso se llama hacer las cosas en regla.

Al paso que camina el Brasil está llamado a figurar a la cabeza del mundo civilizada.

Si Deodoro pudiera ser proclamado, sería mi candidato.

Mejor que Benito.



Hace dos días que un amigo, ó que por tal se tiene, se extrañaba de que yo no proclamase la candidatura de Don Julio H. Martinez.

Y para convencerme, ponía con o argumento el ejemplo seguido por los «colorados» de la prensa que á grito herido proclaman al nobi isimo Doctor.

Vinieronse a la boca aquellos versos de Breton de los Herreros que dicen:

Si otros titeres babean
Ya le he dicho a mi futura
Que esto para mi no es regla.

Los ejé, giré a la derecha sobre el talon del mismo lado y dejé a mi amigo con un palmo de narices.



Parece que no vamos muy mal de escuelas.

El pasado año se acordó la instalacion de cien, algunas en las fronteras del Brasil con el objeto de evitar el decaimiento ó el olvido, del idioma nacional; se consignó en presupuesto la suma correspondiente y a la hora presente estamos sin escuelas y sin plata.

Si a esto lo llaman Vds. buena administracion, necesario será que les pongan la cabeza aquella que los maestros ponian en «illo tempore» a los clientes desaplicados.



Hace una semana que no me visita mi estimado colega «El Centinela» y lo siento.

Si quiere que pague suscripcion, avise y considéreme suscriptor como lo hace «El Liberal», único diario que hasta la fecha no recibo un cange.

Bien es verdad que en «El Liberal» se explica esta conducta por la falta que le hace el *parné* para poder salir a público; pero en «El Centinela», no.

Y me callo la razon que tengo para pensar así por que la razon se explica por sí sola.



En un artículo que vió la luz publica en un diario nacionalista se ha anunciado que Maxímilo ha suprimido los secretarios de Estado con la sana intencion de ahorrar la asignacion que les corresponderia en tres meses, y destinarla a premiar la agilidad del caballo más corredor.

Con este motivo el articulista recuerda el Alcalde aquel de la zarzuela «Torear por lo fino» que suprimió el sueldo del médico del pueblo para invertirlo en una corrida de toros y llama al presidente «Alcalde de zarzuela».

No está mal dicho; pero Palomeque no ha debido permitir esta verdad.

Y no ha debido permitirla por que quien se permite hacer el panegírico al hombre de India Muerta, no está autorizado para criticar a nadie.

¿Habrá alguien que diga que no digo bien?

A que nó!...



Otro Coronel en puerias.

D. Bernabé Herrera, para Director político de «El Diario».

¿Será otro como el otro Director político de aquel otro diario que cuenta a pares sus directores?

Creo que nó, por que en este al menos están los vínculos de la sangre: defiende lo suyo, es muy justo.



Y a propósito del otro Director.

Hace pocos días que en una reunion de intimos a la cual asistió por rara casualidad, uno de mis amigos, que me ha denunciado el hecho, se decía:

—La verdad es que el pobre «Benito» se volverá loco si Julio no sube; porqué ¿que va a hacer entónces?

—Lo que ha ia si subiese Julio—contestó uno de los concurrentes: pegarse un tiro en la sien ó sentar plaza en el Manicomio Nacional, por que Julio no ha de ser tan torpe que lleve a «Benito» a su lado, ni siquiera le haga buena cara, para desacreditarse con él.

—Así paga el rey a quien bien le sirve—dijo mi amigo.

Y tomó el portante,